

CRÓNICA DE ACTUALIDAD

Comienza la temporada

Con tan solo unos días de diferencia, el nombre de Ramón Gaya ha recuperado su nunca perdida presencia. Y es un gozo para quienes desde hace muchos años hemos sido fieles seguidores —sin rodeos— de la vida y de la obra del gran pintor. A estas alturas, no viene a cuento recurrir a nuevos comentarios, cuando tanto se ha comentado, desde cualquier posibilidad, la pintura y la escritura gayesa. Sin embargo, es una nueva ocasión en la que se tiene la alegría de repasar públicamente la pintura de Gaya, lo único que nos apetece a sus seguidores.



PEDRO SOLER

Ya se escribió que Cuadros López había inaugurado una exposición, en la que se muestran obras realizadas por el pintor en sus años de exilio mexicano, y a las que dedicó «una forma de hacer, en la que se recrea, como un ampliación del tiempo perdido. Como si los días fuesen eternos y el tiempo para dedicarse a la pintura rozara la eternidad». A esta exposición ha seguido la que el Museo que lleva el nombre del pintor inauguró el pasado jueves, bajo el título de *El pintor en el cuadro*. Se trata de una serie de obras, en las que la sombra, el perfil, el rostro, la mano, el pincel, la mirada... de Gaya se nos muestran como una figura, como un objeto más, de cuanto completa cada uno de los cuadros. No quiere decirse que se trate del autorretrato de Gaya —aunque aparezca inconfundible bajo un leve asomo—; más bien lo que destaca es su presencia, a veces casi difuminada entre la riqueza plétorica que envuelve cada cuadro. Porque como se ha escrito tantas otras veces, las obras de Gaya están llenas de objetos, de colores, de reflejos, pero también de



'Autorretrato con granada', obra de Gaya de 1997.

silencios y de espacios de vacía apariencia. Es un modo de entender la presencia del pintor, similar al que manifiesta Juan Ballester, —gran conocedor de la persona y obra de Ramón Gaya— cuando defiende que «el retrato, el autorretrato, o la misma aparición del pintor en el cuadro, no son géneros, pues, sino actitudes; de ahí que cuando el pintor se incluye en el cuadro, más que cambiar de tema o enriquecerlo con el añadido de un nuevo e inesperado elemento, está introduciendo otra dimensión al problema pictórico que representa el intentar dilucidar la realidad total en la que él se siente inmerso». Quiérese decir —si no está mal interpretado el juicio— que lo que se consigue con esta presencia de Gaya en sus cuadros es complementar, pero hasta la plenitud. Habría que advertir; al menos, del peligro que encierra limitar,

Lo que se consigue con la presencia de Gaya en sus obras es complementar hasta la plenitud

el contexto de una gran obra, como suelen ser las de Gaya, a una imagen concreta, por la posibilidad de restringir la mirada del espectador. Podría caer en el juego innecesario de buscar el lugar donde aparece retratado ese rostro o esa mano del artista, y menoscabar involuntariamente el resto de los objetos que desempeñan un papel, tan importante como esa imagen elegida centro y temática de esta exposición. Pese a todo, uno cree que, por sí mismos, los cuadros de Gaya demuestran tal poder de atracción, desde cualquier ángulo, que imposibilita la preponderancia de un objeto sobre otro. Solo existe una recreación constante.

'ASINCRONÍAS'

No es mala idea la de *Asincronías*, que busca un diálogo entre artistas tradicionales del Museo de Bellas Artes y los contemporáneos; mejor que crear diálogo, puede ser un sistema que dé vida al tradicional olvido a que está sometido el noble edificio y su respetable colección. Se ha iniciado este camino de encuentro con una exposición de Santiago Ydñez, en la que, como el propio autor afirma, se recrea en rostros y figuras humanas, paisajes nevados e imágenes inconcretas de corte abstracto. Entre unas y otras se palpa una clara diferencia en el método resolutivo. Parece incluso una contrariedad que, sin embargo, tiene una muy clara explicación: el sometimiento al que el artista ha de obligarse para que sus obras concuerden con el entorno en el que han sido ubicadas. El pintor ha de realizar esas obras y de esa forma, para que se parezcan a las que pintaron los antiguos artistas. Es una obligación, que parece coartar la libertad del propio autor a la hora de elegir una temática o de interpretar una figura concreta. Aún así, los cuadros de Ydñez contienen una dosis de serenidad y de saber hacer que los hacen meritorios. El rostro de la *Dolorosa* demuestra una penetración sentida y evidente en unas formas concretas, que no desaparece cuando el cuadro se convierte en

un extenso paisaje casi monocolor. Las experiencias taxidérmicas con sus ciervos disecados son otra cuestión, que podría calificarse, al menos, de muy desigual, por mucho que supongan «una metáfora de ángel caído» o muy crudas que las imágenes puedan parecer.

A propósito de esta exposición, hay que aludir a un problema: ¿No podrán fotografiarse las obras de los artistas que participen en *Asincronías*? ¿El uso de las cámaras fotográficas dañan las obras clásicas del Museo? ¿Será necesario cursar una petición escrita al director del Museo, para conseguir una foto para publicar en esta sección? Con la mayor sinceridad, se espera respuesta.

En 'Asincronías', el artista ha de obligarse para que su obra concuerde con el entorno

EL PERSONAJE

Molina Sánchez se lamenta

Lo de Molina Sánchez es como un justificado y repetitivo lamento. Cada vez que aparece en los periódicos —ahora con motivo de su exposición en la sala Bisel, de Cartagena— lo hace para hablar del profundo amor que siempre ha demostrado hacia la pintura, incluso en momentos tan avanzados de su existencia como los que ahora vive, pero también lo hace marcado por la apatía oficial hacia la Fundación que lleva su nombre, y a la que el firmante se digna pertenecer.



Molina Sánchez. / JUAN LEAL

Hubo en principio lo que parecía ser sincero deseo de que su generosa donación ocupase un espacio público en el que también el artista pudiera recrearse contemplando su propia obra. Nada de nada. Molina Sánchez se ha quejado del incumplimiento de la promesa oficial. La respuesta, excepto alguna contada ocasión, no ha sido más que el silencio.

EL ASUNTO

Creación artística



Se puede estar o no de acuerdo con la finalidad que se trace y con la programación que se organice; pero hay medidas que deben aplaudirse, máxime cuando, excepto en muy contadas ocasiones, todo lo que fue ya no es. Se trata de alentar la actividad de pintores y escultores. La Fundación García Jiménez acaba de convocar la segunda edición de su Concurso de Creación Artística, con premios que oscilan entre los 6.000 y los 1.500 euros. No cabe duda de que es un aliciente, algo que determinados organismos oficiales debieran recuperar. Al margen de cuanto entraña de ayuda a los artistas, también sirve para la formación de colecciones, que algún día pueden tener un valor muy superior al que costaron en su día.